

LA TRAYECTORIA HACIA LA ORGANIZACIÓN LATINOAMERICANA DE LAS INSTITUCIONES EDUCATIVAS METODISTAS

Hugo O. Ortega

1. La etapa misionera

La etapa fundacional está vinculada a la iniciativa conjunta de misioneros y dirigentes nacionales de las iglesias metodistas de América Latina. Así, en enero de 1950 y con motivo de la reunión de la Conferencia Central¹ reunida en Lima, se llevó a cabo la I Conferencia de la Asociación de Directores de Colegios Metodistas de América Latina. La Asociación estaba integrada casi exclusivamente por misioneros dependientes de la Junta de Misiones de la Iglesia Metodista de los Estados Unidos² y reunía a funcionarios de las iglesias latinoamericanas todavía vinculadas a la Conferencia General³ del metodismo norteamericano.

Esta I Conferencia estableció los 'Objetivos de las Escuelas Metodistas' que mantuvieron su vigencia por más de veinte años. Los fines estaban vinculados a la tarea de evangelización en el ámbito escolar, a la convocatoria de las personas a la fe en la iglesia, al estímulo de los estudiantes para articular los principios cristianos en la sociedad y al llamado de los mismos al servicio cristiano. La política misionera entendía la educación como instrumento de y servidora a los fines teológico-pastorales de la misión.

Asimismo, la Asociación de Directores estableció la necesidad de mantener al menos una reunión dentro de cada cuatrienio, pero pasados apenas dos años del encuentro en Lima la Asociación advirtió la necesidad de convocar a una II Conferencia a reunirse en Santiago de Chile en 1952, también en coincidencia con una nueva reunión de la Conferencia Central de la Iglesia Metodista de América Latina.

En muy poco tiempo el marco político-social de la región y del mundo se había tornado muy conflictivo y había dado un giro substancial en la rela-

ción de los estados con las misiones cristianas extranjeras. La nacionalización del petróleo en Irán y la expulsión de los británicos de aquel país; la consolidación de la revolución en China y la subsecuente nacionalización de hospitales y escuelas cristianas, así como la expulsión de unos misioneros y la prisión de otros; las acciones bélicas que se desarrollaban en Corea; la separación en dos bloques antagónicos de Europa y la prisión del Cardenal Mindszenty en Hungría, alertaron a la Asociación de Directores acerca de lo que podría ocurrir con los movimientos populares nacionalistas que se desarrollaban en Guatemala, Brasil, Argentina y Bolivia, los cuales ya habían asumido una postura muy crítica por la presencia de empresas y capitales foráneos en el área, dando inicio a la nacionalización de los recursos naturales y los servicios estratégicos.

No es extraño, pues, que la II Conferencia recomendara: el pasaje de la responsabilidad de la conducción y administración de las escuelas de misioneros a nacionales; la elaboración de un plan de capacitación de dirigentes nacionales; un papel de bajo perfil para los misioneros extranjeros en la región; la consolidación de los rasgos nacionales para toda la obra de la Iglesia. Apreciaba, además, la gestión de los primeros obispos nacionales⁴ elegidos en la región según se observaba ante los pasos dados en el plano teológico-pastoral. Por entonces, la creación del Consejo Mundial de Iglesias en Amsterdam (1948), establecido para estimular los vínculos fraternales entre los cristianos en un mundo dividido por la II Guerra Mundial y las ideologías totalitarias, abría esperanzas de poder contar asimismo con una compañía idónea y solidaria en los años por venir.

No obstante las urgencias del momento, la II Conferencia dedicó tiempo a la educación religiosa en las escuelas, señalando que: la misión educativa

estaba destinada a las mayorías que no participaban de iglesia alguna; reconoce a la Iglesia Católica Romana como parte de la Iglesia Cristiana y reafirma el desafío misionero de exponer el Evangelio sin obligar a los estudiantes a conformarse con la interpretación metodista del cristianismo. Ahora bien, la continuada dependencia financiera de las escuelas del apoyo de la Junta de Misiones, la ya referida situación político-social del continente y del mundo y los magros resultados de la propuesta evangelizadora de Lima (1950) llevó a la II Conferencia de Directores a considerar la conveniencia de desprenderse de las escuelas y colegios metodistas, pero los funcionarios de la Junta de Misiones y la Junta de Educación⁵ exhortaron a continuar el trabajo y a no desprenderse de las escuelas en vista de las posibilidades de ofrecer una formación ética y moral de los estudiantes, su eventual influencia en el medio social; la educación de niños de familias evangélicas; la promoción de los futuros dirigentes de las iglesias y la convocatoria al seguimiento cristiano. En Santiago (1952) ya se reconoce para las escuelas metodistas una función más pedagógica que pastoral

2. La etapa de la nacionalización

El tránsito hacia una mayor responsabilidad de los nacionales se llevó a cabo por variados senderos. En 1924 se constituyó la Conferencia Central de la Iglesia Metodista Episcopal (Norte)⁶ en América Latina con responsabilidad de elegir a los obispos de las áreas Atlántico y Pacífico, asunto que conducía al reemplazo de los obispos designados por la Iglesia en Estados Unidos. En 1930 se dio un paso fundamental cuando se reconoció la autonomía de la Iglesia Metodista de México y la de Brasil,⁷ estableciendo un *status* de iglesias afiliadas a la Iglesia Metodista Episcopal (Sur) de los Estados Unidos. Para entonces el metodismo brasileño contaba con numerosas instituciones educativas nacidas como fruto de la acción misionera y cuya conducción, con el correr de los años, pasaría a manos nacionales. En México la situación fue diferente: la Iglesia estaba bien extendida y llegó a contar con numerosas escuelas pero la Revolución Mexicana (1911-1920) decidió, en función de la reconstrucción social del país, la secularización de los institutos confesionales de enseñanza afectando fundamentalmente a la Iglesia Católica y en menor me-

didada a los de las iglesias protestantes. Las instituciones metodistas tuvieron algunas restricciones, pero el hecho de haberse constituido legalmente como asociaciones civiles ayudó a su permanencia y a la continuación de la mayoría de ellas.

Dadas las circunstancias históricas de los años previos, y teniendo a la vista los resultados de la Revolución Cubana (1959-1961), hacia comienzos del año 1960 la Iglesia Metodista de los Estados Unidos procuró establecer nuevas relaciones con las iglesias metodistas en América Latina. Por un lado procuraba tener menos responsabilidad en la financiación de la misión latinoamericana y, por otro, quería responder positivamente al anhelo de autonomía del metodismo de la región. Se estableció por entonces la Comisión sobre Estructuras del Metodismo de Ultramar, que en inglés se llamó y conoció bajo el nombre de COSMOS. Esta comisión, establecida tanto en los Estados Unidos como en cada una de las iglesias metodistas en América Latina, llevó a cabo una labor consensual que fructificó, por un lado, en el proceso de autonomía (1969 a 1973) de las iglesias que componían la antigua Conferencia Central, y por otro, en la constitución del Consejo de Iglesias Evangélicas de América Latina (CIEMAL), estableciéndose así un nuevo tipo de *conexionalidad regional* tal como reclamaban los metodistas latinoamericanos. Con los años, CIEMAL habría de reunir también al metodismo autónomo del Caribe, surgido de las misiones británicas de los siglos XVIII y XIX.

Las instituciones educativas metodistas fueron pasando paulatinamente a manos de nacionales, y las iglesias de cada país fueron estableciendo criterios y políticas educativas para sus institutos de enseñanza. Se hizo clara la propia responsabilidad de la iglesia en la obra de evangelización y se procuró el desarrollo de una sólida educación en sus colegios, así como una educación cristiana más vinculada a la pedagogía y a las necesidades de formación de la niñez y la juventud. Pero a la vez, se establecieron las capellanías escolares como una inserción pastoral en el medio educativo, con énfasis en el aconsejamiento de estudiantes, padres y docentes, acompañamiento al personal directivo y celebración de reuniones litúrgicas con motivo de fechas o acontecimientos especiales.

La vinculación regional de las escuelas metodistas estuvo, por estos años, relacionada con la Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana (CELADEC), que en el ámbito regional contribuyó a renovar los objetivos educativos de las iglesias y sus escuelas, a replantear los criterios, objetivos y contenidos de la educación cristiana, a contar con folletos y materiales apropiados para la labor educativa y a realizar talleres de reflexión teológica y pedagógica que se llevaron a cabo prácticamente en cada país de la región. Con la CELADEC, las escuelas y colegios metodistas estuvieron en contacto con las actividades educativas del Consejo Mundial de Iglesias, ampliando así su marco de referencia pedagógica y servicio a las naciones. El acompañamiento de la CELADEC fructificó en los trabajos preparatorios de la Consulta de Instituciones Educativas Metodistas que, desde el proceso de autonomía, habría de reunirse por primera vez en Cochabamba, Bolivia, en julio del año 1980 bajo los auspicios del Consejo de Iglesias Evangélicas Metodistas de América Latina.

3. La etapa del metodismo autónomo.

El metodismo autónomo en América Latina fue sensible, en esta nueva etapa, al desafío de la propuesta pedagógica de Paulo Freire, católico brasileño de espíritu y prácticas ecuménicas, que llamó la atención de los estados, las iglesias y la sociedad civil latinoamericana acerca de los objetivos y prácticas educativos vigentes. Evidenciada la postración y exclusión de los pobres del continente, Freire propuso una pedagogía que priorizaba la alfabetización crítica de los adultos, estimulando mediante la concientización del propio sujeto, la conducción de su propia existencia y la participación en la cosa pública para transformarla y hacerla más humana y solidaria. Freire llevó a la práctica su pedagogía liberadora, primero en el nordeste brasileño y luego en la región central de Chile, provocando un cambio conmovedor en miles y miles de adultos que protagonizaban por vez primera una transformación substancial de la vida familiar y social.

El desafío de Freire se extendió al interior de la Iglesia Católica, donde hubo sectores minoritarios que advirtieron en la propuesta de Freire el llamado a un nuevo tipo de presencia y servicio en el

continente, por lo cual llegaron a la venta de tradicionales escuelas confesionales en México, Argentina y en otros países de la región. Tenían el propósito de destinar el producto de las ventas a la creación de fondos dedicados a la educación popular, a la adquisición de equipos y materiales adecuados y a la subvención de la labor de educadores y otros agentes sociales.

En las escuelas metodistas -una minoría entre las instituciones educativas oficiales o privadas del continente- la pedagogía de la liberación no llevó a la enajenación de sus establecimientos, sino a la apertura de los mismos a diversos tipos de servicios dirigidos ya a los trabajadores urbanos y rurales, ya a sectores marginales de las ciudades, adquiriendo, según el lugar y el país, características propias. En algunos casos (Bolivia, Brasil y Panamá), las iglesias y las instituciones educativas llegaron a celebrar convenios con sindicatos, federaciones de sindicatos, asociaciones de educadores y otros sectores profesionales para llevar a cabo nuevos programas educativos, formales y no formales, que contribuyeron a la educación de los más pobres. La tarea no fue sencilla ni exenta de fuertes polémicas en el interior y el exterior de la escuela y de la iglesia, pero esta etapa del caminar metodista fue afirmándose con los años, configurando con ello un nuevo rol del metodismo latinoamericano.

Con este trasfondo de nuevas experiencias educativas se llegó a la Consulta Latinoamericana de Instituciones Educativas Metodistas, celebrada del 30 de junio al 4 de julio de 1980 en Cochabamba. Se trató del encuentro más concurrido y representativo de las escuelas, colegios y universidades metodistas de América Latina. Durante sus sesiones se tomaron las decisiones del caso para establecer la periodicidad de las Consultas bajo la cobertura del Consejo de Iglesias Evangélicas Metodistas de América Latina, constituyendo para ello un Comité de Continuidad y una Oficina Continental que, sin crear burocracias, se instaló con grandes expectativas en Bolivia.

La Consulta de Cochabamba resultó de por sí estimulante, como lo expresara un obispo brasileño: "cuando la educación hace opción fundamentada en los valores de la justicia, la paz, el derecho, la igualdad y la libertad se convierte en una acción

profundamente transformadora de la sociedad”⁸. Desde su apertura hasta su clausura la Consulta habría de plantear un desafío nuevo a los representantes de las escuelas a fin de descubrir lo que significaba educar para la liberación.

4. Los nuevos tiempos.

El éxito de la convocatoria de Cochabamba no pudo repetirse de inmediato. El apoyo financiero conseguido de fuentes propias y de agencias ecuménicas del exterior para llevar a cabo la Consulta de 1980 comenzó a escasear como resultado de una crisis financiera internacional y de una nueva política eclesial. Éste fue un factor importante que hizo demorar la convocatoria para una nueva Consulta. El otro factor provenía de lo que se conoció como ‘progresismo conservador’ gestado en los países nortatlánticos,⁹ que tuvo severos efectos en la política de las naciones y que afectó a las iglesias en casi todo el mundo. Las iglesias y las instituciones educativas metodistas no fueron ajenas a este vuelco ideológico que condujo prontamente a un recambio de las políticas educativas, la sustitución de personal, el encarecimiento de los aranceles, cuyos efectos combinados provocaron que buena parte de las instituciones educativas establecieran de hecho una política educativa y financiera cada vez más orientada a los sectores de mayor disponibilidad económica. No obstante este cambio, los diversos proyectos de apertura social de la década anterior pudieron continuar su trayectoria, dada la participación financiera del Estado, de los distintos sectores sociales comprometidos a sostenerlos y del apoyo ecuménico internacional. Quedó planteada, entonces, una contradicción en el interior de las instituciones educativas y de las iglesias, que aparejó diversos tipos de conflictos institucionales.

Así se llegó a la II Consulta convocada por el Consejo de Iglesias Evangélicas de América Latina que se reunió en Ramos Mejía, Argentina, en julio del año 1989. La misma contó con una numerosa asistencia de representantes de las escuelas y de las iglesias de cada país. Uno de los asuntos fundamentales a considerar fue la relación entre las iglesias y las instituciones educativas metodistas. Preocupaba, además, el poder acumulado por las instituciones educativas, la controversia acerca del papel de la educación religiosa en las escuelas y la

consideración de las ideologías que se debatían en el seno de la comunidad metodista del continente. La organización de la II Consulta favoreció la creación de un buen clima en las relaciones entre exponentes de diversos proyectos educativos y eclesiales, mediante la combinación de ponencias y talleres de interés, como así también al disponer amplio tiempo para el diálogo y la conversación informal.

Una de las claves de sus buenos resultados fue la comprensión del papel de las escuelas metodistas, el cual consistiría en no constituirse como instituciones confesionales, carácter éste que otorga un cariz dogmático a cualquier práctica educativa, siguiendo así sus raíces evangélicas al conformarse como instituciones confesantes¹⁰, algo muy distinto de la confesionalidad, de manera que en todo su quehacer pedagógico y servicial quedarán manifiestas su identidad y fidelidad con la persona y la misión de Jesucristo, sin segundas intenciones respecto de las convicciones religiosas de los integrantes de la comunidad educativa. Esto aclaró el papel propio que corresponde a la pedagogía y a las instituciones educativas, sin confundirse ni apropiarse del papel que corresponde a la comunidad de fe en cuanto a la evangelización y la pastoral.

La consideración de las *diversas líneas ideológicas que circulan en la Iglesia e instituciones metodistas* y su tratamiento franco, permitió establecer diálogos que acentuaron un afán de comprensión de lo diferente antes que cerrarse en la apología de las ideas propias. Ello generó una aceptación respetuosa de criterios e ideas diferentes dentro de una misma comunidad de fe. Se pudo reconocer así que a lo largo de su historia, las instituciones educativas del continente se habían alineado preferentemente tras el *liberalismo democrático*, entendiéndolo como una propuesta alternativa en lo educativo, lo religioso y lo político a aquel conservadurismo con que se encontró la misión metodista hacia los comienzos de su labor en el primer tercio del siglo diecinueve.

Las prácticas democráticas en las escuelas, la búsqueda de lo mejor en cuanto al ejercicio de la docencia y su apertura a las necesidades sociales, han sido uno de los signos de este liberalismo practicado por las instituciones educativas. Ello favoreció durante buena parte de sus respectivas trayecto-

rias a que se constituyeran en entidades prestigiosas, buscadas por los sectores medios como un peñón para su ascenso social; con la consolidación de ese modelo se convirtieron con los años en instituciones elitistas, pero la apertura a lo social llevada a cabo durante los años 1970 y 1980 convocaba a una nueva reflexión y práctica que permitiera al metodismo superar sus contradicciones. También se hizo evidente que desde la autonomía, la Iglesia boliviana había llevado a cabo una singular política que le permitió extender sus servicios educativos a la capacitación y actualización de docentes urbanos y rurales, al establecimiento de escuelas rurales, a la formación básica de los pueblos indígenas centenariamente excluidos de la atención civil y estatal, así como también a la puesta en marcha de diversos proyectos educativos vinculados al trabajo productivo y al autoabastecimiento de las familias campesinas.

5. A medio siglo de transitar juntos

Ya después de Cochabamba (1980), las instituciones educativas nacionales agrupadas en comisiones o asociaciones, se aglutinaron para llevar a cabo acciones comunes referidas a la capacitación de docentes, intercambio de personal, organización de conferencias sobre asuntos pedagógicos, culturales y espirituales de común interés. El siguiente paso fue establecer relaciones más amplias con agrupaciones metodistas de países vecinos en América Latina, lo que llevó de manera progresiva al convencimiento sobre la conveniencia de la creación de una organización continental que tuviera la posibilidad de llevar a cabo objetivos comunes y atender necesidades similares.

Desde los años de preparación para la celebración de la I Conferencia de la Asociación de Directores de Escuelas Metodistas, hasta los Encuentros de Río (agosto 1996) y de Santiago (1997), transcurrieron casi cincuenta años. En rigor, no es tanto tiempo en la vida de la Iglesia, ni en el devenir de los pueblos latinoamericanos; no obstante, se puede advertir que han pasado muchas cosas, se han experimentado grandes cambios en la vida de las naciones y de las iglesias metodistas latinoamericanas y también se ha ido configurando un perfil propio en las instituciones educativas metodistas de la región.

Hace tiempo que las instituciones educativas metodistas de América Latina dejaron de ser los 'colegios americanos' de la época misionera. En la actualidad, esas instituciones están vinculadas al proceso que las propias iglesias metodistas del continente vinieron transitando desde su autonomía respecto de la Iglesia Metodista Episcopal de los Estados Unidos y de su acción misionera. Es cierto que todavía permanecen muchos asuntos por superar, algunas contradicciones que resolver y, con toda seguridad, se deberán enfrentar nuevos desafíos. Muchas de las experiencias vividas han sido gratas, otras no tanto y con frecuencia buena parte de ellas resultaron difíciles; pero en este caminar conjunto se ha llegado hasta la situación actual gracias al empeño de educadores, ministros y obispos que fueron plasmando en la realidad los objetivos mayores de las instituciones educativas.

Con este espíritu de confluencia, se planteó como meta la constitución de una asociación continental en Río de Janeiro (agosto de 1996), pero entonces sólo pudo aprobarse la orientación general del futuro accionar de tal asociación y se procedió a elegir a una junta directiva provisoria. En las deliberaciones se advirtió la necesidad de que las asociaciones y los colegios del continente dispusieran de más tiempo para considerar sus obligaciones, sus derechos y la misión educativa de las instituciones metodistas de cara al siglo veintiuno. Con tal entendimiento se preparó un nuevo encuentro continental el cual se llevó a cabo en Santiago de Chile entre el 13 y el 16 de mayo del año 1997, ocasión en la que los representantes de colegios, asociaciones nacionales y regionales, y autoridades eclesiales, resolvieron crear la Asociación Latinoamericana de Instituciones Metodistas de Educación (ALAIME), con la convicción de que nos encontrábamos ante una nueva situación histórica, y a los efectos de evaluarla, se dispuso de un tiempo para la consideración extensa de las preocupaciones de los educadores metodistas de América Latina.

De este modo, luego de cien años de existencia de la educación metodista en América Latina, y a cincuenta años de las preocupaciones iniciales de la Asociación de Directores de Colegios Metodistas de América Latina (1950), se logró la esperada asociación. El talante de los representantes que llegaron a constituir la ALAIME quedó expresado en la

Carta de Santiago, que entre sus declaraciones manifiesta:

“La ALAIME nace en un contexto cuyo trasfondo religioso está determinado por un sincretismo importado desde otros continentes, muchas veces desprovisto de coherencia entre la fe y la práctica. La realidad cultural muestra un continente en el cual sobreviven cerca de cuarenta millones de hermanos originarios en condiciones de discriminación injusta. Un amplio sector de la juventud carece de oportunidades de realización. La condición de la mujer atestigua un proceso que va desde el relegamiento a un segundo plano, debido a la persistencia del fenómeno machista, hasta un protagonismo en el quehacer social. El analfabetismo sigue presentando índices que en algunos casos se acercan al cincuenta por ciento. La realidad política y económica nos muestra países que salen de regímenes dictatoriales condicionados por un sistema de libre mercado que es indiferente ante los más débiles”.

Desde su nacimiento, la asociación se constituyó en una caja de resonancia de los problemas y desafíos que esperan a la educación metodista en nuestro continente. A la vez, reconoció que éste es un tiempo en que se ha percibido la fundamental y pertinaz compañía de Dios, Señor de la historia y Señor nuestro.

Sin caer en complacencias, y recordando que subsisten dificultades por enfrentar juntos, es oportuno destacar que:

- La familia metodista latinoamericana se ha ex-

pandido de una manera impensada apenas dos generaciones atrás.

- La Iglesia y sus instituciones educativas son ahora entidades nacionales que van arraigándose en la vida de los pueblos latinoamericanos.

- Los vínculos conexionales han fortalecido las relaciones tanto con las iglesias misioneras que fundaron las obras en nuestros países, como entre las propias comunidades metodistas nacionales, creándose una fraternidad de nuevo cuño entre las mismas, que enfatiza lo pastoral y lo pedagógico por encima de las relaciones reglamentarias.

- La cooperación y el intercambio entre las instituciones educativas de la región se han multiplicado y adquirido nuevas facetas.

- La tarea educativa se mantiene a la altura de los desafíos del presente y en algunos casos resulta pionera, abriendo nuevos surcos para cultivar en el futuro.

- La fraternidad en la fe común ha permitido superar escollos y diferencias, y nos ha enseñado a transitar en medio de la diversidad, manteniendo la comunidad, así como también, convirtiendo los encuentros y tareas en común en una oportunidad de regocijo.

Todavía queda mucho por transitar y realizar en el camino de la obediencia a Dios y en el servicio a los pueblos latinoamericanos, para con los cuales existe la vocación de contribuir en su educación. La ALAIME nació como una oportunidad promisoriosa de concretar nuevas realidades y descubrir nuevos horizontes ante el tiempo por venir.

NOTAS

1. La Conferencia Central fue, hasta la autonomía regional del metodismo, la asamblea cuatrienal de las Iglesias vinculadas a la Iglesia Metodista de los Estados Unidos.
2. La Junta de Misiones era el organismo que se ocupaba del envío y supervisión de los misioneros de los Estados Unidos en el exterior; estaba integrada por la División de Misiones Extranjeras y la División Femenina de Servicio Cristiano.
3. La Conferencia General era y sigue siendo la asamblea de la Iglesia Metodista de los Estados Unidos, que abarca las Conferencias (Asambleas) Jurisdiccionales de los Estados Unidos y las Conferencias Centrales de las áreas misioneras en otros continentes.
4. Los obispos nacionales elegidos por entonces en América Latina eran Juan E. Gattinoni (1932), Enrique Balloch (1941), Sante Uberto Barbieri (1948) y Julio M. Sabanes (1952).
5. Eran el Dr. James E. Ellis (Misiones), la Srta. Elizabeth Lee (División Femenina) y el Dr. John O. Gross (Educación).

6. En la historia del metodismo de los Estados Unidos ocurrieron dos grandes divisiones en el siglo XIX. En 1828 un grupo de metodistas preocupados por una mayor representación laica en los cuerpos de la Iglesia formó la Iglesia Metodista Protestante. En 1844 dos conflictos llevaron a otra división, uno fue el de la esclavitud y otro el de los poderes de la Conferencia (Asamblea) General enfrentados con los del episcopado. Se formaron entonces la Iglesia Metodista Episcopal (Norte) y la Iglesia Metodista Episcopal (Sur). Mas luego de años de negociación se unificaron como Iglesia Metodista en 1939.
7. En ambos países se daba la concurrencia del hasta entonces dividido metodismo estadounidense, coexistiendo misiones del metodismo del Norte y del Sur. Ello implantaba en territorio misionero un conflicto ajeno que no hacía justicia a los sentimientos de fraternidad y cooperación entre los nacionales. Esa situación llevó a éstos a crear en México y Brasil las condiciones para unificar la iglesia, lo que se logró juntamente con la autonomía eclesial de 1930.
8. Se trataba del Obispo Paulo Ayres Mattos.
9. Eran los inicios de la etapa Thatcher-Reagan.
10. La distinción entre instituciones confesionales y confesantes se debe al Dr. José Míguez Bonino quien en 1987 la expuso por primera vez ante la Junta Directiva del Colegio Ward, de Ramos Mejía, Argentina.

BIBLIOGRAFÍA

Boletín Informativo de la ALAIME, N° 1/98. (Panamá, IPA, 1998).

Book of Discipline of the United Methodist Church, 1980 (Nashville, The United Methodist Publishing House, 1980); 748 páginas.

Carta de Santiago, Declaración de la ALAIME (Santiago de Chile, ALAIME, 1997).

Consejo General de Vida y Misión, *La Iglesia Evangélica Metodista Argentina en el Momento Actual*, (Buenos Aires, 1973); 32 páginas.

Constitución y Reglamento General de la Iglesia Evangélica Metodista Argentina (Buenos Aires, Methopress, 1969); 110 páginas.

DUQUE, JOSÉ (ed.), *La Tradición Protestante en la Teología Latinoamericana, Lectura de la Tradición Metodista* (San José - Costa Rica, D.E.I., 1983); 364 páginas.

FLORES, M. V. (ed.), *Un Pueblo Llamado Metodista* (México, Casa Unida de Publicaciones S.A. 1981); 160 páginas.

MÍGUEZ BONINO, JOSÉ, *Nuestra Fe y Nuestro Tiempo, la Iglesia Evangélica Metodista Argentina y su responsabilidad en la hora actual* (Buenos Aires, Methopress, 1973); 24 páginas.

NEWMAN, OBISPO JUAN P., *La Marcha de la Civilización* (Montevideo, La Tribuna Popular, 1893); 32 páginas.

ORTEGA, HUGO O., "Christian Schools and Elitism in Latin America" en el *dossier II del Programme for Church Related Educational Institutions* (Ginebra, C.M.I., 1981); 8 páginas.

PINTO LOPES, SERGIO MARCUS (ed.), *Consulta Latinoamericana de Instituciones Educativas Metodistas, Consejo de Iglesias Evangélicas Metodistas de América Latina* (São Bernardo do Campo SP, Imprensa Metodista, 1980); 340 páginas.

Revista de COGEIME, Año 6, N° 11, diciembre 1997 (Piracicaba, COGEIME, 1997).

YODER, HOWARD W., (ed.) *Objetivos de las Escuelas Metodistas, II Conferencia de Directores; Asociación de Directores de los Colegios Metodistas de la Conferencia Central de América Latina* (Buenos Aires, Imprenta Metodista, 1954); 132 páginas.